

"Serenata a la luz de la Luna"

Se está abriendo el camino de una comedia crítica en el cine español hasta ahora más intermitente. Experiencias tan notables e inteligentes como las propuestas por Fernando Fernán-Gómez en "La vida por delante" y "La vida alrededor" no han tenido una continuidad segura. En cualquier caso, los autores que han coincidido en esa línea no parecen responder al movimiento colectivo que surge en estos momentos con mayor claridad. "Serenata a la luz de la Luna" se apunta al mismo. Sus autores, Carles Jover y Josep A. Salgot, tenían ya en su haber la breve experiencia del excelente corto "Madison" y han querido continuar la línea allí apuntada, aunque, como es lógico, desde la perspectiva que la crítica mordaz de cierta burguesía catalana propuesta en la película les exigía.

Lo que los autores no parecen haber conseguido, sin embargo, es adaptarse a las exigencias de un largometraje cuya estructura obliga a algo más que a esporádicas situaciones de humor. La película se abre a una serie de secuencias en las que, como tesis de mayor envergadura, se establece la dicotomía entre unos personajes "positivos" y otros más claramente grotescos, perdiéndose así la posibilidad de una mordacidad consistente. No hay nada más difícil que plantearse una película de humor a favor de unos personajes, por muy contrastados que se les presente. Es obvio que la caricatura a la que obliga la parte más crítica se extiende igualmente hacia esos personajes "positivos" que quedan, por lo tanto, esquematizados. Defender, en consecuencia, un esquema tiene el peligro de producir también risa, pero en un orden muy distinto al pretendido por los autores. Seguramente es aquí donde aparece el error de "Serenata a la luz de la Luna". Aun siendo un esfuerzo respetable, carece de la agudeza de "Madison" y no aporta al panorama de la comedia cinematográfica de nuestros días una novedad similar a la de aquel corto. Lo que no elimina aciertos parciales y, sobre todo, el intento de reírse de una sociedad que ahoga cuanto le rodea. ■ D. G.



The Troggs.

MUSICA

The Troggs, en el Martín

En el teatro Martín, de Madrid, se está llevando a cabo un interesantísimo experimento musical: traer grupos de rock casi siempre interesantes, con localidades a bajo precio, y crear además, dentro del teatro, un ambiente divertido, que facilite el encuentro entre personas, fuera de la formalidad encorsetada de los conciertos al estilo tradicional; la existencia de un bar dentro mismo de la sala facilita las cosas y añade cordialidad al asunto. La gente va, desde luego, a escuchar música, pero también a divertirse, a jugar. Porque el rock es música y espectáculo, pero también es juego, diversión colectiva, celebración de una fiesta que no hacen sólo los grupos que tocan, sino también el público.

Uno de los mejores grupos que han aparecido en ese teatro han sido The Troggs, un grupo inglés que empezó a funcionar en los años sesenta y que —a pesar de su muy buena calidad intrínseca— nunca llegó a destacar demasiado. Desde luego, hay que reconocer que en sus tiempos era difícil, pues tenían que competir con gente de la talla de los Kinks, Who, Rolling Stones, etcétera. A pesar de ello, The Troggs eran un grupo realmente bueno: hacían un rock duro y agresivo, sin nin-

guna complicación ni pretensiones, que explotaba al máximo los componentes de sexo y violencia inherentes a este tipo de música. Hoy, casi quince años después de su aparición, siguen haciendo lo mismo. Y, desde luego, lo que hacen funciona hoy como entonces, o tal vez mejor.

The Troggs hacen un tipo de música que se podría calificar como de pre-punk. Ellos empezaron lo que ahora está haciendo todo el mundo: la violenta historia del rock fácil, pesado, hecho más para ser bailado que para escucharlo cómodamente sentado en un sillón. Las casas de discos y los medios de comunicación de masas nos han hecho creer que el asunto empezó con Sex Pistols y demás punkies, pero no es así. Y The Troggs han venido a demostrárnoslo, a darnos una lección de historia del rock. No se trata de un grupo excepcional ni maravilloso; pero sí de un grupo con ideas y sobre todo con eso que ahora se valora tanto: con marcha. ■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

Alberti y Nuria Espert: mostrar la poesía española

Rafael inicia la presentación de "Aire y canto de la poesía" con estas palabras: "Podría el

presente recital —autores y poetas— haber sido otro. Pero este primero a dos voces entre Nuria Espert y yo lo hemos decidido así".

¿Y por qué así?

Recuerdo al Rafael de hace unos meses. Acababa de renunciar al escaño de diputado por la provincia de Cádiz y su conversación estaba aún llena de recuerdos de la campaña electoral, de sus breves discursos en verso, de su ir de acá para allá, ganando votos o metiendo la poesía en los actos de su partido. Aquel Rafael llegaba ante nuestros ojos con un claroscuro dominante: la claridad de la calle y el sentimiento de verse maltratado por los "poetas sentados", el calor de su público multitudinario y el saber que más de uno veía aquella experiencia como una definitiva y penosa derrota del poeta de "Sobre los ángeles" a manos del autor de las "Coplas de Juan Panadero". Rafael se rebelaba contra el desprecio de la poesía de la calle y gritaba que en la calle y en la casa pueden escribirse buenos y malos versos, que son dos modos de encarar la creación literaria, sin que ninguna tenga derecho a considerarse superior. Para Alberti —que por algo figura entre los principales participantes, en 1927, en el III Centenario de Góngora, Angel de la Luz y Angel de las Tinieblas— existían dos caminos igualmente profundos, aunque uno pasara por las calles y la urgencia, y el otro por la soledad y el sosiego. ¿No figuraron, acaso, entre sus primeros versos del exilio, después de tres años de poesía de guerra, aquellos que saludaban el reencuentro con la calma, con el verbo y el adjetivo precisos?

Yo creo que el recital que acaba de preparar con Nuria Espert, presentado en el Aula Juan del Enzina, de Salamanca, y destinado a cruzar por muchas ciudades españolas, es también, en cierto modo, un viaje del Alberti callejero a aquel otro que, periódicamente, ha luchado por la seriedad y la perfección, hundiéndose más y más sus raíces en la historia de la literatura castellana, en Gil Vicente, Lope de Vega, Góngora, o los grandes cancioneros. En Alberti siempre ha habido una serie de tránsitos poéticos: del mar a la tierra, del puerto al Guadarrama, de la chufra a la elegía, de la urgencia a la experimentación, del compromiso total con el presente a la dolorosa en-